



DÍA DE LAS ESCRITORAS



El CCESantiago se suma el **17 de octubre a la conmemoración del Día de las Escritoras**, una iniciativa de la Biblioteca Nacional de España cuyo objetivo es reivindicar la labor y el legado de las escritoras a lo largo de la historia. Consulta todos los textos seleccionados por la escritora española Carmen Domingo bajo el lema “Antes, durante y después de las guerras”.



Carlota O’Neill, (1905 – 2000)

ESPAÑA – escritora y periodista

Romanza de las rejas (1964)

“Las llaves”

¡Tlin!... ¡Tlin!... ¡tlinnnnnnnnn!

Ellas tienen su idioma; su musicalidad.

También poseen psique. Al menos, se la atribuyen los presos.

Salen al encuentro del prisionero, cantando su romanza triste, y en la toma de contacto de su sonido, se presiente toda la cárcel.

No se las olvida jamás.

A veces, en el sueño, su música agorera nos agita convulsas.

También son pesadilla. Y el sueño de la vida se enriquece con un nuevo dolor.

¡Tlin!... ¡Tlin!... ¡tlinnnnnnnnn!

Dicen las llaves -voces melancólicas con dejos de fatalidad y phatos-.

El que en su secreto no ha penetrado, hallará sin sentido la romanza sin palabras.

Pero expresan: “Llega con vosotras otra mujer. No fue culpa nuestra traéros la.

Nosotras no buscamos a nadie, es la resaca de la vida la que la ha depositado aquí.”

El llanto de la mujer hace dúo con ellas.

Las guardas penetran en la cerradura con sonidos estridentes, acidulados. Cada vuelta es un nudo que se ata en la nueva libertad perdida. El alerta grita y la novel prisionera, al sentir crujir hierro con hierro, presiente su desolación y chilla gritos inútiles.

Las llaves se alejan. Han cumplido su misión.

También saben motivos alegres.

Se apiñan unas con otras, como niñas en el corro, al entonar la copla de la libertad.

Tienen tintineo de ilusión como campanitas de cristal.

¡Vamos pronto! Y con Horacio apremian. ¡Aprovecha el día que pasa! El momento que pasa. La fortuna que espera. ¡Ay! No hagas aguardar a la fortuna. Se agitan inquietas hasta que se las llevan.

En las horas de las comidas, traen con el rancho, runruneo monótono. Nadie les presta atención, lo que se sabe no interesa.

El corazón brinca y golpea en el pecho, cuando llaman para la declaración. Se las mira con rencor.

¿Para qué vinisteis a abrirme la puerta?

¡Qué inocente eres! Siempre empeñada en que nosotras somos. Con lo tranquilas que estábamos sesteando colgadas en el clavo junto al rastrillo. Llegó un coche a la puerta; nos desperezamos pensando: ¿A quién tocará?

No es culpa nuestra.

Al retorno, en su indisoluble compañía, interrogan en confidencia.

¿Qué tal? Claro, mujer. Ya lo suponíamos. Ten paciencia. Es que la suerte se divierte con sus jugarretas.

¿Vendréis pronto a abrirme?

Cuando menos lo pienses.

Eso no es nada. No significa algo definitivo.

Eso es todo.

Qué deseos tengo de perderos de vista -y de oídos-.

Es natural, murmuran al crujir la cerradura.

Un día estábamos muy próximas. Demasiado. Las pupilas se clavaban sobre ellas.

Recibían el aliento. El hierro penetraba, Oxidaba.,

El calvario comprendió y, deseoso de satisfacer el pueril capricho de mujer, las dejó un minuto entre las manos pequeñas. Las manos se enhielaron; las llaves se estremecieron. Nunca habían caído en tan blanda cuna.

Llaves fuliginosas al eco de su misión. Sus formas desmesuradas se escapaban con el desgarramiento trágico de todo un símbolo: la prisión.

Quietas, avergonzadas de su arritmia y fatalidad, enmudecían en latente captación de la repugnancia que inspiraban a su transitorio alojamiento.

Los ojos se cerraron. En el largo minuto, quemaron la sensibilidad.

Al oprimirlas, para devolverlas, chocaron entre sí -quejido asténico-.

Aquellos trozos de hierro fueron arrancados de lo profundo de la tierra; sometidos al rojo, a las corrientes de aire; al martillo pilón. El cerrajero les dio la forma.

¡Entre todos les trazaron el destino!